

# La conquista de la Glorieta de Insurgentes de la Ciudad de México: lo abyecto en los procesos de gentrificación

---

---

José Ignacio Lanzagorta García  
*El Colegio de México*

La Glorieta de Insurgentes –una importante plaza y estación de metro de la ciudad de México– es punto de sociabilidad para diferentes sujetos marginados, entre ellos grupos de personas LGBT+. En este ensayo analizo la relación entre la producción social de este lugar, las sociabilidades que ahí surgieron y el proceso de gentrificación actual en la zona que buscan expulsar a estas poblaciones. La discusión se centra en las formas en que la aparición pública –quién puede y quién no puede ser visto en el espacio público– se conducen como un proceso de *place making*, entendido como un proceso abierto, participativo y de disputa en la producción y mantenimiento de espacios públicos. El artículo analiza algunas de las disputas alrededor de esta glorieta, mostrando cómo las trasgresiones al orden de género, clase e identidad sexual pueden ser marginadas, negociadas o segregadas a ciertos espacios donde se toleran o incluso se aprovechan comercialmente.

**Palabras clave:** ciudadanía, diversidad sexual, espacio público, gentrificación, identidades sexuales, lugar, *place making*, Zona Rosa.

The Glorieta de Insurgentes roundabout, an important public square and metro station in Mexico City, is a site of sociability for various marginalized groups, among those, people marginalized for their LGBT+ status, as well as nonheterosexuals of other social classes. This article analyzes the relationship among how this site was produced, forms of sociability derived from the site, and how the processes of gentrification seek to expel the marginalized from the area. The discussion focuses on the ways in which public appearance—who can and cannot be seen in a public space—are conducted as a process of *place making*, a term that is understood as an

open, participatory, and disputed process in the production and maintenance of public spaces. This article examines some of the public disputes about this plaza, showing that gender, class, and sexual-identity transgressions can be marginalized, contested, or negotiated in public spaces, as well as tolerated for commercial purposes.

**Keywords:** citizenship, gentrification, place, place-making, public space, queer spaces, sexual identities, sexual diversity, Zona Rosa.

En el lento, disparejo y ambiguo proceso de revaloración, renovación y redensificación de las zonas centrales de la ciudad de México que habría comenzado quizás a finales de la década de 1990, la Glorieta de Insurgentes –Glorieta en lo sucesivo– representa un hito urbano, un espacio con memoria, una infraestructura que desarrolló una vida propia y que ahora resulta difícil de conquistar.<sup>1</sup> La Glorieta es una gran plaza peatonal a desnivel en la que convergen una estación de metro y otra del sistema de autobús rápido (imagen 1).<sup>2</sup> Situada en la confluencia de avenidas y calles, su forma circular sirve para ordenar el tráfico vial. Sus flujos cotidianos son intensos, pues las estaciones de transporte público dan servicio a decenas de miles de burócratas, estudiantes, comerciantes, empleados y turistas que acuden a los múltiples lugares de trabajo y servicios que hay en una de las áreas más icónicas de la capital mexicana: la Zona Rosa.

Debido a su centralidad, la Glorieta constituye lo que urbanistas y planificadores llaman un “nodo urbano”, esto es un punto de alta actividad en los flujos cotidianos de población en la ciudad.<sup>3</sup> Sin embargo, desde su creación en 1969 –cuyo objetivo era ordenar un cruce vial complicado y proporcionar transporte público masivo– la Glorieta ha constituido más bien un problema permanente del espacio urbano. En casi cualquier narrativa de los visitantes y habitantes de la ciudad de México, particularmente los nacidos antes de 1960 y de nivel socioeconómico alto o medio, la Glorieta aparece como culpable de la decadencia de la Zona Rosa, un área turística y

1. Deliberadamente escribo “ciudad de México” con minúscula para referirme al conjunto de la zona metropolitana del Valle de México y no sólo a la demarcación política que se conocía oficialmente como “Distrito Federal” y que, a partir de una reforma en 2015, cambió su nombre a “Ciudad de México”. Utilizo la mayúscula sólo cuando me refiero al gobierno de la ciudad o a la entidad territorial.

2. Se le llama popularmente Glorieta de Insurgentes, aunque es común encontrar menciones oficiales que la nombran Glorieta de los Insurgentes o Glorieta del Metro Insurgentes. En mi trabajo de campo, también encontré quienes tienen nombres afectivos para la plaza, por ejemplo, “la Gloriosa”.

3. Kevin Lynch, *La imagen de la ciudad* (Barcelona: Editorial Gustavo Gil SL, 1998), 91–98.

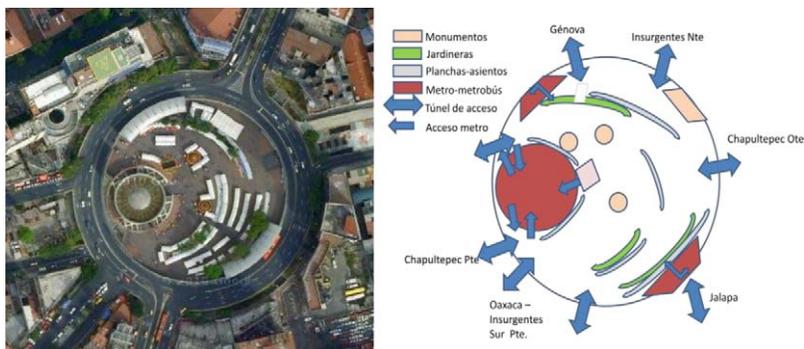


Imagen 1. La Glorieta de Insurgentes tomada desde la aplicación Google Maps (izquierda). Diagrama de accesos y flujos de la Glorieta de Insurgentes en su diseño vigente cuando el trabajo de campo hecho por elaboración propia (derecho).

*bip* por excelencia de mediados del siglo XX. A pesar de que ya desde entonces podían encontrarse ahí espacios de trasgresiones sexuales, la llegada del metro a ese barrio y el acceso masivo de clases populares fueron vistos como causa de una transformación negativa.<sup>4</sup> La Glorieta “arruinó” la Zona Rosa porque “le trajo otro ambiente”, me señaló una mujer en una entrevista.<sup>5</sup> Sucede que pasó de rosa a una zona más bien roja, es decir, de comercio sexual, de *table dances* [...] y, por supuesto, también “de ambiente”.<sup>6</sup>

4. Por ejemplo, la escena de trasgresión sexual ya era visible a finales de la década de 1960, con la existencia de un bar *gay avant la lettre*, el Safari, objeto central de una novela de la época: Gonzalo Martré, *Safari en la Zona Rosa* (México: Conaculta/Nitro 2015; reimpr. de México: Editorial Mylsa, 1970). En la investigación social también se menciona la Zona Rosa como un lugar con gran magnetismo para los jóvenes de clases medias y altas que en los años setenta comenzaban a asumir una identidad gay. Véase Rodrigo Laguarda, *Ser gay en la Ciudad de México: lucha de representaciones y apropiación de una identidad, 1968–1982* (México: CIESAS, 2009). A finales de los años setenta y a lo largo de casi toda la década siguiente, también estuvo abierto El Nueve, uno de los bares más importantes para la escena de las trasgresiones sexuales y de género. Véase Guillermo Osorno, *Tengo que morir todas las noches: una crónica de los ochenta, el underground y la cultura gay* (México: Editorial Debate, 2014).

5. José Ignacio Lanzagorta García, “Crear un sí-lugar: estudio socioespacial de la Glorieta de los Insurgentes de la Ciudad de México” (tesis de maestría, Universidad Iberoamericana, 2012), 58.

6. *De ambiente* es un término de campo empleado en México a lo largo de toda la segunda mitad del siglo XX e inicios del XXI que refiere a los espacios LGBT+ en general, sin importar si son predominantemente apropiados por hombres, mujeres o personas trans. Véase, por ejemplo, Anahí Russo Garrido, “*El ambiente* according to Her: Gender, Class, *mexicanidad*, and the Cosmopolitan in Queer Mexico City”,

La nostalgia por la Zona Rosa –que conforma un potente imaginario urbano– ha acompañado este proceso. Aún persiste la idea de que la Glorieta es un obstáculo para que esta área consiga volver algún día a sus llamados “tiempos de esplendor”. En los discursos de los arquitectos, del gobierno de la ciudad, de los comerciantes de la Zona Rosa y de algunos visitantes de clases medias y altas, la Glorieta supone dos problemas: uno material y otro social. Sus características espaciales no son acogedoras y su sociabilidad tampoco parece deseable.<sup>7</sup> Además de las decenas de miles de paseantes que la atraviesan, es refugio de indigentes y punto de reunión de jóvenes con alguna expresión identitaria de lo que algunos llamaron “tribus urbanas” (*punks, emos, skaters, fanáticos del K-pop*).<sup>8</sup> Pero, sobre todo, la Glorieta es un sitio de encuentro de grupos LGBT+ de clases populares.<sup>9</sup> A veces de forma velada y otras veces de forma explícita,

---

*NWSA Journal* 21, n.º 3 (2009): 24–45; Russo analiza con detalle los usos de este término, especialmente en el ámbito de las mujeres lesbianas o bisexuales.

7. En este caso, entiendo el concepto de sociabilidad enmarcado en la discusión que presenta Maurice Agulhon definido como formas de organización de la vida cotidiana, dinámicas de asociaciones con cualquier finalidad (desde el simple esparcimiento hasta configuraciones económicas) y, finalmente, a las políticas detrás de estas normas y dinámicas de asociación. Véase Maurice Agulhon, “La sociabilidad como categoría histórica”, en *Formas de sociabilidad en Chile, 1840–1940* (Santiago de Chile: Fundación Mario Góngora, 1992), 1–10.

8. Costa Pere-Oriel, José Manuel Pérez Tornero y Fabio Tropea, *Tribus urbanas: el ansia de identidad juvenil; entre el culto a la imagen y la autoafirmación a través de la violencia* (Barcelona: Paidós, 1996).

9. Concediendo que cualquier término sobre el espectro de la diversidad sexual implica exclusiones o inclusiones problemáticas o imprecisas, o bien posiciones políticas sujetas todas a debates que trascienden los fines de este ensayo, por practicidad emplearé el acrónimo LGBT+ para referir al conjunto de identidades sexuales y de género no heteronormativas. Defino aquí este acrónimo como un término paraguas que incluye todas las manifestaciones –identitarias o no– de trasgresiones consensuales a la norma heterosexual y de género: homosexualidades, bisexualidades e inconformidades de género. Con esto busco esquivar la confusión que pudiera generar el uso del término *gay* por su asociación con formas muy precisas de una identidad homosexual masculina, en cuyo caso sí utilizo dicha palabra. También uso el término *gay* cuando me refiero a la forma en que lo encontré empleado en el campo. También evito el término *queer* puesto que, aunque en términos conceptuales pudiera acercarse al uso que hago de abyecto y que defino más adelante, por la trayectoria de esta palabra la jerga en México puede resultar confusa. Por ejemplo, como bien señala William Daniel Holcombe en un ensayo recientemente publicado por *Mexican Studies/Estudios Mexicanos* a propósito de un análisis sobre el uso de la palabra *queer* en la obra de Carlos Monsiváis, el término se reduce a la expresión femenina en varones homosexuales. Véase William Daniel Holcombe, “Lo queer de Carlos Monsiváis: *slumming* en el ambiente”, *Estudios Mexicanos/Mexican Studies* 33, n.º 2 (2017): 272–95.

estas sociabilidades abyectas son el blanco de las intervenciones que han tenido lugar en las últimas dos décadas.

En este artículo recorro al término *abyección* en el sentido que Judith Butler recupera de Julia Kristeva e Iris Young, es decir, como el proceso de formación del otro a partir de la repulsión, la exclusión o la dominación.<sup>10</sup> Considerada desde esta perspectiva, la Glorieta presenta una gran paradoja. Por un lado, tratándose de una plaza con poco mobiliario, hasta recientemente resultaba un lugar hostil para usos de recreación y esparcimiento. Era un gran espacio vacío y poco deseado, cuya marginación tal vez dio paso a que estas vidas e identidades no sólo excluidas sino incluso repudiadas por la mirada pública –es decir, abyectas– lo ocuparan. Sin embargo, dada su centralidad, existe un gran interés por recuperarla, revitalizarla o remodelarla –en términos gubernamentales, empresariales o de planificación– lo cual se traduce en un gran interés por conquistarla o domarla, por controlar quién y cómo puede pasar la tarde en la Glorieta. Esta paradoja completa la definición de lo abyecto: su excreción y contemplación forman parte del establecimiento de lo deseable, contribuyen a normar aquello que constituye al otro. En esta investigación, la disputa entre lo abyecto y su conquista ocurre, en buena medida, en el terreno de la producción del lugar urbano.

*El place making*, considerado desde la planificación, remite a la discusión académica sobre las políticas que determinan quiénes y cómo pueden “aparecer en el espacio público”.<sup>11</sup> El concepto de *place making*, definido por planificadores y administradores públicos, refiere a un proceso abierto, participativo y continuo en la producción y mantenimiento de espacios públicos bajo una serie de principios que buscarían idealmente generar lugares agradables y orientados al bienestar de las mayorías que habitan o visitan un entorno urbano.<sup>12</sup> Aunque esto supone principios incluyentes, en el *place making* se disputan o explotan órdenes e ideales mayoritarios sobre lo deseable y lo abyecto. Las trasgresiones al orden de género y clase pueden ser marginadas, negociadas, sancionadas o segregadas a ciertos espacios donde se toleran o incluso se aprovechan

10. Judith Butler, *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad* (Barcelona: Paidós, 2007), 261–62.

11. Desde una perspectiva de ciudadanía y derechos, véase Leticia Sabsay, *Fronteras sexuales: espacio urbano, cuerpos y ciudadanía* (Buenos Aires: Paidós, 2011), 11. Para términos similares, pero desde una perspectiva más urbanística, véase Debra Burrington, “The Public Square and Citizen Queer: Toward a New Political Geography”, *Polity* 31, n.º 1 (1998): 107–31.

12. “What Is Placemaking?”, Project for Public Spaces, acceso el 18 de julio de 2019, <https://www.pps.org/article/what-is-placemaking>.

comercialmente. Al analizar los llamados “barrios gay”, por ejemplo, se estudian formaciones políticas de protección y resistencia pero también formas de adopción, transformación, visibilización y normalización de nuevas identidades sexuales. A medida que ciertas formas de organizar la identidad gay son incorporadas socialmente, es posible notar su participación en dinámicas de gentrificación.<sup>13</sup>

En este contexto y en el marco de la relación entre sexualidad y la historia posrevolucionaria en la Ciudad de México, la Zona Rosa –y especialmente la Glorieta de Insurgentes– ofrece una ventana privilegiada para observar aspectos de estos intrincados procesos. Desde esta perspectiva, en este artículo analizo una forma y espacio de sociabilidad de la Ciudad de México surgida a finales de la década de 1960 con el objetivo de abordar elementos específicos de la sexualidad como una categoría social de análisis. En este sentido y al igual que otros textos de este número, sostengo una aproximación historizada a la sexualidad ya que, como indica Jeffrey Weeks, esto permite un análisis crítico, relacionarla con otros fenómenos sociales y plantear otras preguntas críticas.<sup>14</sup> Al proponer una relación entre diversidad sexual y *place making* en el contexto de la zona central de la Ciudad de México para el último tercio del siglo XX y principios del XXI, pretendo contribuir a esta discusión no solo en cuanto al estudio de formas de sociabilidad sino también en relación con la disputa sobre la expresión de identidades sexuales en espacios públicos.

Específicamente en este ensayo me centro en las formas abyectas de sociabilidad –en especial algunas del espectro LGBT+– que ocurren en esta plaza de la ciudad de México y la manera en que éstas son construidas como un problema urbano que debe resolverse desde el ámbito de los proyectos de planificación y la intervención sobre el espacio. De esta suerte, abordo la Glorieta a partir de la antropología del espacio y el lugar. El análisis que presento se desprende de dos momentos de investigación. Por un lado, empleo información recogida durante trabajo de campo etnográfico entre 2010 y 2012.<sup>15</sup> Posteriormente y usando el mismo enfoque etnográfico, presento información recogida entre 2015 y 2017 sobre

13. Petra Doan, *Planning and LGBTQ Communities: The Need for Inclusive Queer Spaces* (Nueva York: Routledge, 2015).

14. Jeffrey Weeks, *Languages of Sexuality* (Londres: Routledge, 2011), 198–200.

15. José Ignacio Lanzagorta García, “La Zona Rosa: un estudio socioespacial sobre género, sexualidad, sociabilidad e imaginario urbano en la Ciudad de México” (tesis de doctorado, El Colegio de México, 2018).

la Zona Rosa como espacio de concentración de sociabilidades LGBT+.

Siguiendo un enfoque común en antropología urbana, conceptualizo la producción del lugar urbano como un proceso de interacción tripartita entre la fenomenología del espacio, entendida como una descripción analítica de una experiencia que ocurre bajo ciertas condiciones materiales y bajo las reglas de sociabilidad derivadas de aquéllas; las características físicas del lugar, dotado por alguna entidad política (gubernamental, empresarial o mixta) con un orden de sociabilidad planeado; y, finalmente, los actores que buscan intervenir física o políticamente este espacio y se lo disputan para alterar su sociabilidad resultante.<sup>16</sup> Estas tres dimensiones se discuten en los siguientes apartados del artículo como elementos que constituyen el análisis empírico de la producción del lugar de la Glorieta. En el primer apartado, describo la forma específica de sociabilidad LGBT+ que ocurre en la Glorieta a través de métodos etnográficos. En el siguiente, analizo algunos de los discursos detrás de la producción de la Glorieta como espacio físico en 1969. Y finalmente, mediante entrevistas con actores que buscan intervenir este espacio, observo los discursos que lo problematizan después de que su producción material diera lugar a formas de sociabilidad que les resultan abyectas. Esto me permite elaborar algunas conclusiones con las que cerraré este ensayo.

### **Estar en la Glorieta**

Se les suele llamar *glorieteras*, un término despectivo aplicado a quienes se dan cita en la Glorieta para pasar ahí las tardes. Éste se utiliza estrictamente en femenino conllevando una acepción especial: no se refiere a los indigentes, ni a los clientes de los cibercafés, ni a otros paseantes que se detienen un tiempo en la plaza, sino que señala a hombres y mujeres, especialmente a varones jóvenes, que por su vestimenta colorida o entallada, así como sus amaneramientos, sus rutinas de baile o juego en la plaza, o sus formas de contacto físico, son leídos como trasgresores de género. Desde esta

16. Retomo la discusión y esta aproximación fenomenológica al espacio del trabajo de Setha Low sobre la categoría de lugar como objeto de estudio de la antropología y las ciencias sociales. Low construye un marco teórico a partir de Henri Lefebvre, Michel de Certeau, David Harvey y Michel Foucault, mismo que sostengo para mi propia investigación, en la que el lugar se define como un proceso social de interacción entre el espacio en cuanto ente socialmente activo y las formas de sociabilidad que se desarrollan en él. Setha Low, *On the Plaza: The Politics of Public Space and Culture* (Austin: University of Texas Press, 2000).

óptica, las mujeres pueden ser también glorieteras en tanto su expresión, relaciones y formas de estar dentro de la plaza sean también similares a las de estos hombres. Dentro de todo el abanico de términos peyorativos para referirse a las distintas comunidades LGBT+, pocos son los que además incluyen una indicación de localización espacial.<sup>17</sup> Una glorietera no es sólo un “maricón”, “joto” o, en el mejor de los casos, un gay sino alguien que hace de la Glorieta su lugar de esparcimiento y, por lo tanto, se distingue en términos identitarios de otros espacios de homosociabilidad.

Descomponer el término *glorietera* es una tarea compleja tanto por la historia de su uso como por las diferentes dimensiones de su significado. Por un lado, al menos en la experiencia de campo dentro y fuera de la Zona Rosa, no parece ser un término conocido fuera de los ambientes LGBT+. Es decir, parece haber sido creado dentro del propio ambiente para marcar una distinción interna. Por eso es que aunque pueda ser empleado hacia mujeres que están en la plaza, su uso es predominantemente dirigido hacia hombres no heterosexuales. Durante la investigación de campo, me relacioné con un grupo de unos diez varones de entre diecisiete y treinta años que se reunían por las tardes en la Glorieta, especialmente de miércoles a sábado. A veces asistían unos tres o cuatro del grupo y a veces podían ser más de diez. En mi primer acercamiento, les pregunté si tenían alguna dinámica particular para quedarse de ver ahí. Me contaron que simplemente pasaban cada día, cuando iban de regreso a su casa después del trabajo o la escuela. Al llegar a la plaza, veían quiénes estaban por ahí y entonces decidían quedarse un momento, un buen rato o a veces casi hasta la medianoche, antes del cierre del metro. “¿Cómo ves, mana? Ya viste que somos glorieteras”, dijo al finalizar quien me explicaba, y todos soltaron una carcajada.<sup>18</sup>

En encuentros subsiguientes con ellos, entendí que el grupo reconoce la carga peyorativa del término pero hace una reapropiación con un tono celebratorio. Por esa razón me permito usarlo en este ensayo con ese mismo sentido reivindicativo. En el grupo dijeron no saber cómo empezó su uso, pero no lo reconocieron como un mote que surgiera dentro de la Glorieta. Más bien, los clientes de los bares gay de la Zona Rosa lo habrían creado para discriminar a un tipo indeseable de varón homo o bisexual cuyo hábitat sería la Glorieta. Una simple búsqueda en Twitter de la palabra clave *glorietera* puede dar una idea de las marcas de clasismo

17. Existen otros como *metrera*, asociado al ligue en el metro de la ciudad. Prácticamente todos se utilizan en femenino, pero dirigidos a varones.

18. Lanzagorta, “Crear un sí-lugar”, 93.

que hay detrás de este peculiar gentilicio. El estereotipo construido como hombre homosexual de la Glorieta comprende varias características: ser de clases bajas, poco masculino, tener un cuerpo poco atlético y comportarse como lo que en el argot homosexual mexicano se llama “liosas”. Este término suele referir a los hombres que actúan de forma beligerante y muy afeminada, como una faceta particular del ludismo de eso que –de nuevo, en el argot mexicano– generalmente se entiende como “jotear” o “joteo”.<sup>19</sup> De hecho, es frecuente que esta performatividad LGBT+ no se designe con la etiqueta *gay*, sino que se use peyorativamente “jotitas liosas” o “jotitas glorieteras”.<sup>20</sup> El diminutivo, el uso del género femenino y los términos buscan, en general, describir a estos varones como poco atractivos por no tener el gusto o clase social requerida, ni cumplir con el comportamiento deseable, codificado como masculino.

Estas exclusiones identitarias, sin embargo, resultan sumamente porosas. Por un lado, dentro del mismo grupo arriba mencionado hubo quienes se asumían explícitamente como “jotita glorietera” para luego dejar de lado ese papel y asistir a los bares de la Zona Rosa en busca de otros hombres a quienes ligar. Por otro lado, al interactuar conmigo –tal vez con el afán de parecer serios– algunos adoptaban una actitud menos afeminada. En las observaciones que hice en la Glorieta, o bien, acompañándolos a los bares, algunos de los sujetos del grupo podían modificar su performance afeminado e interactuar con otros varones sin ser tachados de “jotitas”.

Además de esta porosidad identitaria, existían ciertas desigualdades económicas entre los sujetos del grupo. Mientras que la mayoría eran estudiantes o dependientes de algunas tiendas de la zona, otros tenían trabajos calificados con mejor paga –algunos eran contadores o pasantes de abogado– lo cual los mantenía dentro de una clase media popular. Para casi todos, el atractivo de la Glorieta era una convivencia gratuita entre amigos. Las desigualdades económicas

19. Es importante distinguir entre las variaciones del término. *Joto* es una etiqueta mexicana peyorativa para designar a un varón homosexual. En algunos circuitos ha sido reapropiada y reivindicada y muchos incluso la prefieren a la etiqueta *gay*. Sin embargo, *jotear* o *joteo* aluden más bien al juego de afeminamiento exagerado entre varones homosexuales que suele involucrar, además, otras actitudes específicas. *Jotita* –es decir, *joto* en femenino y en diminutivo– no suele tener el carácter reivindicativo de la palabra *joto* y, por el contrario, es una etiqueta con cierta carga misógina y homofóbica que los propios varones homosexuales usan para denostar a quienes “jotean demasiado” para su gusto. *Jotita liosa* es un término muy despectivo para designar a un varón afeminado que, además, tiende a usar esa feminidad de forma beligerante.

20. Lanzagorta, “Crear un sí-lugar”, 100.

podían experimentarse después, cuando por la noche de un jueves o viernes algunos decidían asistir a los bares de la Zona Rosa. Ciertos miembros del grupo iban por su cuenta y consumían una o dos cervezas, mientras que otros se quedaban en la Glorieta, y a veces compraban botanas y refrescos a los vendedores ambulantes. En otras ocasiones, especialmente los viernes, buena parte del grupo se desplazaba hacia la calle de Amberes, donde se concentran la mayor parte de los bares gay de la Zona Rosa. El grupo de glorieteras con el que trabajé a veces entraba a un bar a consumir una cerveza y a veces simplemente prefería convivir afuera.

Cerca de la media noche, volvían rápidamente al metro, justo antes de que éste cerrara sus puertas para, con suerte, tomar el último viaje. En caso de no conseguirlo, su objetivo era encontrar un sitio donde dormir esa noche o alguna manera de hacer llevadera la espera mientras el metro volvía a abrir sus puertas, a las 5:00 o 6:00 a.m., dependiendo del día. La estrategia principal consistía en ligar a otros hombres que los invitaran a dormir a sus casas o a un hotel. Otra opción era buscar sitios alrededor de la zona conocidos como “lugares de encuentro”, donde pudieran pasar la noche.

Un ojo entrenado puede detectar las mecánicas de cierto comercio sexual que ocurre en la Glorieta. Un hombre solo, recargado en alguno de los pocos objetos de mobiliario urbano de la plaza, busca a otros hombres solitarios. Una vez que sus miradas se encuentran, se acercan y comienzan a tocarse el cuerpo. Pasarse la mano por encima de los genitales es la invitación a establecer un contacto formal. Marcos, uno de los sujetos del grupo de glorieteras que estudié, me enseñó a observar esta dinámica. Según él, a veces sólo se trata de un simple ligue: los dos hombres pactan un encuentro sexual en algún sitio cercano, ya sea un hotel de paso, algún sitio público relativamente oculto a la mirada, o bien, alguno de los mencionados lugares de encuentro, como las cabinas de las *sex shops* de la Zona Rosa. Sin embargo, la mayor parte de las veces, me explicó Marcos, se trata de “chichifos”, nombre que reciben en la jerga gay mexicana los trabajadores sexuales varones con una clientela masculina. Además, en la propia Glorieta es posible encontrar personas teniendo sexo en las madrugadas, en los túneles que conducen a las calles aledañas. En el campo, por ejemplo, conocí a Álvaro, quien confesó haber tenido sexo en uno de los túneles de la Glorieta con alguien que conoció en un bar de la Zona Rosa.

Al mismo tiempo, la Glorieta es punto de encuentro y epicentro de algunos circuitos de la sociabilidad LGBT+ de la Zona Rosa, aunque no el único. En la Zona Rosa también existen bares con precios elevados y *cover*. Son éstos a los que las glorieteras han

asistido pocas veces o ni siquiera conocen; es desde estos bares que se impone una segregación de formas “apropiadas” de ser gay, entre las que ser glorietera no es una de ellas.

Pero la de las glorieteras no es la única sociabilidad que se desarrolla en la Glorieta. Al caer la tarde, a medida que el sol baja y la luminosidad de ese espacio se vuelve tolerable, comienza la tardeada. Decenas de adolescentes y jóvenes se dan cita en diferentes rincones de la plaza para conversar, bailar, fumar, ligar. Incluso, anteriormente, les estaba permitido andar en patineta. Hasta hace poco, era frecuente encontrarse con grupos de fanáticos del pop coreano (*K-pop*) ensayando coreografías. Por esta razón, es común que entre los habitantes de la ciudad de México se mencione la Glorieta como sitio de reunión de las llamadas “tribus urbanas”, esto a pesar de que desde hace ya muchos años es difícil encontrar en la plaza a personas de grupos específicos, como los *punks*, o los mismos *K-poperos*.

La fuerza de este imaginario de la Glorieta como asiento de las tribus urbanas se fortaleció cuando en marzo de 2008 la plaza fue escenario de un enfrentamiento con ecos en distintas ciudades del mundo: los identificados como punk intentaron agredir a los jóvenes identificados como *emo*. Los primeros acusaban a los segundos de no ser auténticos y de adoptar algunos elementos estéticos típicos del repertorio identitario punk, pero despolitizándolos. En algunas reseñas de este conflicto, es posible encontrar incluso una lectura homofóbica y misógina de los *emos*.<sup>21</sup> En el caso de México, se difundió una convocatoria a través de correo electrónico para que ambos grupos se dieran cita y se enfrentaran en la Glorieta. La policía intervino para separar a ambos bandos y la noticia tuvo gran cobertura y resonancia en todo México, precisamente por el eco que hacía de este mismo enfrentamiento en otros países.

Si bien estas expresiones identitarias juveniles y urbanas son de corte global, es importante tener en cuenta que poseen una trayectoria y características locales. En la ciudad de México, se trata de expresiones de clases medias o bajas que suelen ser rechazadas en ámbitos convencionales –escuela, familia, trabajo u otros grupos juveniles–. Por este mismo motivo, dan forma a procesos de abyección de los jóvenes, sea por cuestiones etarias, familiares, de clase, de discriminación por aspecto físico o, en muchos casos, de identidad sexual. Al mismo tiempo, sin dejar de ser un espacio para lo marginal, la Glorieta puede ser leída –por este enfrentamiento punk vs. *emo*, así

21. Yeick, “Tribus urbanas *emos* y *punks*”, *Los conflictos entre emos y punks* (blog), 27 de marzo de 2008, yeikpunkrock.blogspot.mx/2008/03/tribus-urbanas-emos-ypunks.html?zx=becdad9df86e9fa.

como por las coreografías del pop coreano— como un lugar donde también se espacializan dinámicas globales.

Por otra parte, la Glorieta es un espacio en el que confluyen distintos grupos sociales. Estos incluyen indigentes, transeúntes, así como decenas de adolescentes que pasan la tarde ahí, jóvenes que eligen repertorios identitarios marginados: vestimentas llamativas, accesorios poco convencionales, gustos musicales de nicho. Si en la ciudad de México existen espacios y colonias donde dos hombres o dos mujeres pueden mostrarse afecto en el espacio público con menor riesgo a ser hostigados por ello, en la Glorieta se reúnen también aquellas parejas de hombres o de mujeres que serían hostigados o excluidos entre sus semejantes por cuestiones de clase o incluso por performatividades trasgresoras de género.

En una tarde típica en la Glorieta, al caer el sol, se pueden observar los intensos flujos de personas que vuelven de las calles de la Zona Rosa y la colonia Roma hacia la estación de metro. Entre todos los que acceden a la plaza, hay muchos que permanecen ahí. Son estos jóvenes que podrían ir a ensayar alguna coreografía. Algunas dependencias del gobierno dedicadas a la juventud organizan concursos de imitadores de celebridades pop. También se puede ver a indigentes merodeando la plaza, ocupando algún cuadrante separado de los otros ambientes, pero en contacto constante con el resto del espacio.

En algunas entrevistas que realicé, los sujetos se referían a la Glorieta como un espacio de tolerancia, donde pueden convivir quienes son diferentes. Este espacio de tolerancia, sin embargo, no está exento de tensiones internas, incluyendo las acciones del Estado que busca intermitentemente regular algunas conductas como la indigencia, el comercio ambulante, el consumo de drogas y el sexo clandestino. De hecho tan pronto fue creada, la Glorieta se identificó como un foco de problemas. Es por ello que se trata de una de las producciones de lugares más enigmáticas que posee la ciudad de México. Durante décadas, ha tenido su propia trayectoria, lo mismo como vía hacia los bares de la escena alternativa de la Zona Rosa, que como escenario de protestas políticas que no lograban acceder a la plaza mayor de la ciudad debido al estricto control ejercido por el sistema de partido único que gobernaba el país.<sup>22</sup> El orden de la sociabilidad de la Glorieta ha sido todo menos estático, y tampoco

22. Véase, por ejemplo, Redacción, “Los independientes salieron a la calle”, *Proceso* 8 (ciudad de México), 8 de mayo de 1977. La nota narra una manifestación de un sindicato no alineado a la estructura corporativa del PRI (Partido Revolucionario Institucional) de la siguiente manera: “Reservado el Zócalo a las manifestaciones

ha sido propiamente excluyente. No podría decirse que la Glorieta pertenece a los cuerpos abyectos; se trata más bien de un espacio de convivencias que en otros lugares de la ciudad serían restringidas por diferentes dispositivos gubernamentales, sociales y culturales de una hegemonía de clase, género, roles de edad y heteronorma. La intolerancia hacia lo que ocurre en la Glorieta existe, sobre todo, fuera de ella.

### **El proyecto de la Glorieta de los Insurgentes: de la vanguardia al vacío**

La Glorieta de Insurgentes está, como he señalado, en el cruce de dos importantes avenidas de la ciudad, pero también podemos concebirla en el cruce de los discursos vanguardistas sobre el urbanismo de mediados del siglo XX y el proyecto desarrollista del Estado mexicano de ese entonces. Por un lado, es una plaza, una estación de metro y un dispositivo de organización del tráfico vehicular. Por el otro, es también un aditamento *vanguardista*, un espacio público para la cosmopolita y trasgresora Zona Rosa, un emblema de una obra pública del Estado de bienestar y una materialización de los principios de la ciudad funcionalista. Lo que sostengo aquí es que, en este denso cruce de centralidades urbanas, políticas y discursivas, se creó un espacio vacío, un espacio que casi tan pronto como se inauguró se convirtió en un problema para la ciudad, pues dio pie a ocupaciones y disputas inesperadas más allá de su funcionalidad y de la narrativa política que lo creó.

Las condiciones materiales de la plaza parecen relegarla a un estatuto marginal, pero en realidad se trata de un espacio nodal. No es gratuito que algunos analistas recurran a la categoría propuesta por Marc Augé de un “no-lugar” para conceptualizar a la Glorieta como un espacio donde cualquier elemento identitario se desvanece y los cuerpos simplemente obedecen a las lógicas de una movilidad desculturizada. Esta aproximación, sin embargo, pierde la oportunidad de observar y entender las dinámicas de lo abyecto, las negociaciones entre el repudio, la tolerancia y la normalización en el orden de lo que puede y no puede aparecer en público.

El inicio de la producción material de la Glorieta está marcado por este contexto de indefinición sobre el sentido de lugar. Ante el crecimiento explosivo tanto de la mancha urbana como de la población tras la Revolución mexicana, desde la década de 1940 los

---

oficiales, el movimiento sindical independiente de México, celebró el primero de mayo una marcha que partió de la glorieta de Insurgentes rumbo a la secretaría del Trabajo”.

gobiernos de la Ciudad de México se debatían entre construir un sistema de transporte subterráneo o invertir en infraestructura para los automóviles. Para ese momento se había consolidado el régimen de partido único a nivel nacional. Dentro de este sistema, el regente del Distrito Federal era elegido y removido a discreción por el presidente de la República. En este sentido, la definición de los grandes proyectos urbanísticos de la Ciudad de México no era un ejercicio de política local sino nacional. La capital era ante todo un objeto de proyección directa del poder federal.

Entre 1952 y 1966, a lo largo de algo más de dos períodos presidenciales, Ernesto Uruchurtu gobernó el Distrito Federal. Según los documentos y narrativas de la actual empresa del Sistema de Transporte Colectivo Metro (STCM), Uruchurtu rechazó en más de una ocasión cualquier proyecto de construcción de una red de trenes subterráneos y, en cambio, financió la apertura de nuevas avenidas y la construcción de vías rápidas para el tráfico vehicular.<sup>23</sup> Sin embargo, con la llegada del presidente Gustavo Díaz Ordaz (1964–70), México se convirtió en foco de la atención internacional al ser designado sede de los Juegos Olímpicos de 1968 y de la Copa Mundial de fútbol de 1970. El Estado mexicano tuvo entonces la oportunidad de mostrar su capacidad: la producción de una industria cultural nacionalista y los éxitos de un modelo de desarrollo y crecimiento económico implementado en las décadas anteriores y conocido como “el milagro mexicano”. Además, el gobierno buscó mostrar cierta congruencia en cuanto líder del entonces llamado “Tercer Mundo”. En este escenario resultaba importante mostrar la capacidad del Estado para producir obras e infraestructura de carácter popular y social. Tal vez por eso Díaz Ordaz destituyó a Uruchurtu en 1966 y nombró regente al militar Alfonso Corona del Rosal. Tras este nombramiento rápidamente se anunció la eventual construcción del tren subterráneo para la capital. Si bien las obras permanecieron en curso cuando se celebraron los Juegos Olímpicos, el metro estuvo listo antes de la Copa Mundial.

La primera línea del Metro de la Ciudad de México tiene un trazo de este a oeste que conecta el oriente del Centro Histórico –que comenzaba a expandirse con la llegada de clases trabajadoras a la ciudad– con el siguiente centro habitacional, financiero y laboral hacia el poniente. La Glorieta de Insurgentes se ubicaría aproximadamente a la mitad del primer trazo de esta línea y, tal vez por ello,

23. Sistema de Transporte Colectivo Metro, *El metro de México: primera memoria* (México: STCM, 1973).

sólo para esta estación se diseñó una gran plaza. El proyecto estuvo a cargo del arquitecto Salvador Ortega Flores.<sup>24</sup> La inauguración formal de la línea del metro tuvo lugar el 4 de septiembre de 1969, justamente en la Glorieta de Insurgentes.

¿Cuál fue pues el sentido de lugar que buscaba imprimirse a la Glorieta y cómo se concibió como un espacio en la ciudad? En una entrevista que realicé al arquitecto Eduardo Terrazas, quien en 1969 tuvo a su cargo una exposición en la Glorieta llamada *Imagen México*, el objetivo e indefinición de los planeadores urbanos quedaba patente. Celebrada en el marco de la inauguración del metro, la exposición era una muestra artística que a través de fotografías, videos y pinturas buscaba mostrar lo vanguardista, cosmopolita y a la vez tradicional de “lo mexicano” desde un imaginario estatal. Sin embargo, según Terrazas, “nunca se concibió para qué se quería una plaza ahí y entonces ya no se pensó en los efectos que podía tener. La Glorieta es una plaza sin destino”.<sup>25</sup>

La planificación urbana en este lugar jugó un papel central en los objetivos y usos alternativos, e incluso contradictorios a los pensados para la Glorieta. Era posible crear una simple estación de metro en el complicado cruce de las avenidas Insurgentes y Chapultepec, pero el gobierno decidió aprovechar la intervención en esas calles para, además, dotarlas de una infraestructura vial parecida a las que se construyeron durante el gobierno de Uruchurtu: una gigantesca rotonda que organizara el tráfico vehicular. Políticamente funcionaba muy bien un proyecto que cumpliera ambos objetivos. Además, en palabras de Terrazas, la plaza serviría también como un monumento al propio metro; era, pues, el punto simbólico y de partida de esta red de transporte. Pero, además, la Glorieta inauguró un elemento urbano que no existía hasta ese entonces: una plaza pública para el barrio de moda en aquel tiempo, la Zona Rosa. Según José Alfonso Suárez del Real, un exfuncionario del metro (STCM) y exdelegado de Cuauhtémoc –demarcación política en la que se encuentra la plaza– la Glorieta de Insurgentes en cuanto plaza pública “tenía como centro vocacional ser un centro turístico”.<sup>26</sup>

24. Manuel Larrosa, *Ángel Borja Navarrete: vida y obra* (México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2005), 25.

25. Eduardo Martínez Terrazas, entrevista por el autor, ciudad de México, 26 de marzo de 2012.

26. José Alfonso Suárez del Real, entrevista por el autor, ciudad de México, 12 de septiembre de 2011.

En la memoria que la propia empresa STCM editó en 1973, la Glorieta es descrita ya con cierto desdén: “Nos hubiera gustado más verla sobre el nivel de las calles, como un gran mirador de la urbe y no apartado de ella”.<sup>27</sup> Al conjunto ambiguo de vocaciones y objetivos que se le impusieron a la plaza, se sumó su propio diseño de corte funcionalista, caracterizado por ciertos cánones estéticos que, si bien resultan precisamente funcionales en algunos aspectos, en la práctica son poco proclives a muchas formas de sociabilidad.

El diseño de Ortega se circunscribe muy bien a la escuela del Movimiento Moderno que, en su faceta urbanística, se caracteriza por la producción de amplios espacios vacíos entre edificaciones. Como lo muestra James Holston para el caso de la ciudad de Brasilia, este tipo de diseños conducen a la “muerte” del espacio público.<sup>28</sup> En el caso de la Glorieta, se construyó una circunferencia de casi 100 metros de diámetro, confinada enteramente por un desnivel de excavación y amurallada por la elevación de las vías vehiculares que la rodean. El acceso a la gran plaza sólo es posible a través de cinco túneles peatonales, o bien, a través de la estación de metro o un par de rampas de un sistema BRT (Bus Rapid Transit) que recorre la avenida Insurgentes. Una vez dentro de la plaza, uno se encuentra con un gran espacio que luce casi vacío: no hay mucha vegetación, prácticamente no hay mobiliario donde tomar asiento y no hay mucha posibilidad de conseguir sombra. La Glorieta fue concebida como un espacio de vanguardia según el canon de la época: funcional, amplia, imponente, monumental [...] y relativamente hostil para la convivencia. Los arquitectos y urbanistas que he consultado insisten en llamarlo “vacío”. Un espacio vacío en un nodo urbano.

Por su parte, para muchos capitalinos de las clases medias y altas de la ciudad, la Glorieta en cuanto estación de metro populosa y en cuanto espacio poco agradable, contribuyó a modificar con el tiempo su percepción del ambiente de la Zona Rosa. Para ellos, la Glorieta es un espacio abyecto, su sociabilidad es abyecta. Esta sociabilidad abyecta es además contagiosa; su presencia pareciera contaminar sus alrededores. En la producción de la Glorieta como lugar, se desató entonces una disputa por remover esa abyección.

27. Sistema de Transporte Colectivo Metro, *El metro de México*, 43

28. James Holston, “The Modernist City and the Death of the Street”, en *Theorizing the City*, coord. por Setha Low (New Brunswick, NJ: Rutgers State University Press, 2005).

### Ocupar la Glorieta: la carrera urbanística por la conquista de un espacio

La Glorieta “no funciona”, me dijo una entonces estudiante de urbanismo a quien entrevisté a propósito de su proyecto de titulación, cuyo eje era intervenir la plaza.<sup>29</sup> Si un espacio es considerado como disfuncional es porque la sociabilidad que ahí se desarrolla no es la deseada por los planificadores y agencias gubernamentales. Ante una cierta experiencia fenomenológica del espacio urbano, el lugar debe intervenir para modificar sus condiciones materiales y sus reglas. Con ello en mente, analicé diferentes proyectos urbanísticos para la Glorieta para entender cómo eran concebidos los problemas que se buscaban resolver y cuáles eran las soluciones inmobiliarias muy concretas que se sugerían. Existe un denominador común en casi todas las propuestas que analicé: ocupar la Glorieta. Es decir, llenar el gran espacio de la explanada con diferentes dispositivos como rampas, gradas y hasta edificios.

Ivett Flores, la estudiante a quien entrevisté, concretó su proyecto de titulación en una propuesta de intervención de la Glorieta.<sup>30</sup> Entre otros detalles, el elemento más vistoso que propuso fue un gran puente peatonal que atravesaría por arriba la Glorieta y que conectaría las dos grandes avenidas que desembocan ahí. De ese gran puente que ella llama “artefacto urbano”, se desprenderían rampas de suaves pendientes para ingresar a la Glorieta.<sup>31</sup> Es decir, el puente sería una estructura de acceso a la Glorieta, no un artefacto para esquivarla. Cuando la entrevisté, Flores me explicó que el problema que ella detectaba en la Glorieta era la desconexión respecto de su entorno inmediato en la Zona Rosa y la colonia Roma. Sus túneles de acceso, las vías rápidas que la rodean, el perímetro exterior de aquélla incentivan un clima o un ambiente no deseado. De alguna manera, la Glorieta para ella era una isla y su artefacto finalmente la vincularía al espacio urbano de las colonias aledañas.

La propuesta de Flores ilustra lo que aquí llamo “conquistar la Glorieta”. Desde finales de la década de 1990, es perceptible que en la colonia Roma, vecina sur de la Glorieta, comenzó un proceso de

29. Ivett Flores (Universidad Iberoamericana), entrevista por el autor, ciudad de México, septiembre de 2011.

30. Ivett Flores Núñez, “Revitalización de nodos urbanos, movilidad y espacio público: caso de estudio; Glorieta del Metro Insurgentes” (tesis de maestría en Proyectos para el Desarrollo Urbano, Universidad Iberoamericana, 2011).

31. Flores Núñez, “Revitalización”, 7.

gentrificación.<sup>32</sup> Entretanto, en la colonia Juárez –a la que pertenece la Zona Rosa– esa misma dinámica comenzó un poco más tarde y de otra forma. A partir de la construcción de la Torre Mayor en 1999 y especialmente en los últimos diez años, en el Paseo de la Reforma (tan sólo tres cuadras al norte de la Glorieta) se intensificó y aceleró la construcción de grandes rascacielos para uso de oficinas de grandes corporativos bancarios, empresas transnacionales y oficinas gubernamentales. La tendencia de redensificación y revolarización de esta zona de la ciudad es innegable y, en el camino, la Glorieta representa un problema urbano.

El artefacto urbano de Flores busca llevar la sociabilidad de las colonias Roma y Juárez a la Glorieta. Para ella, son precisamente las características materiales de la Glorieta –los túneles, el desnivel, las pistas vehiculares– las que aíslan la plaza y le dan una vida propia, distinta a la de su entorno, una vida no deseada. Pero esta vida no puede ser ignorada, pues la Glorieta no es sólo una plaza sino un nodo urbano: ahí concurren decenas de miles de visitantes, estudiantes y trabajadores de la zona. En un entorno gentrificado, las condiciones físicas de la Glorieta hacen que, por decirlo de alguna manera, ésta no se deje gentrificar. Y, en este sentido, el proyecto de Flores busca modificar dichas condiciones para que finalmente la Glorieta sea conquistada.

A un año de su inauguración, en 1970, ya se hacían referencias a que la Glorieta no funcionaba. José Joaquín Blanco, periodista y cronista homosexual de la ciudad durante las décadas de 1970 y 1980, parecía condenarla: “La ciudad, ‘su miseria, sus masas, el modo de vida de sus barrios, su violencia’, había convertido a la Glorieta en una plaza más”.<sup>33</sup> Resulta irónico que esto lo dijera el propio Blanco, quien en 1979 publicó su icónico texto “Ojos que da pánico soñar”, haciendo alusión con este título a la mirada de los “homosexuales en la miseria”, anónimos e invisibles, para quienes no era posible asumir su orientación sexual como un acto de rebeldía ni pronunciarse desde su marginalidad.<sup>34</sup> Pero justamente ahí, en esa plaza tomada por el modo de vida asociado a los barrios bajos, los ojos que daba

32. Utilizo el término *gentrificación* de forma laxa, como el proceso en el que la infraestructura y capital construido de la demarcación, en tanto zona céntrica, entra en un periodo de revaloración comercial, redensificación habitacional y cambio en el giro de los negocios de la zona dirigidos a clientelas con mayor poder adquisitivo.

33. Héctor De Mauleón, “La glorieta del deseo”, *El Universal* (ciudad de México), 24 de enero de 2011.

34. José Joaquín Blanco, “Ojos que da pánico soñar”, en *México se escribe con J: una historia de la cultura gay*, coord. por Michael K. Schuessler y Miguel Capistrán (México: Editorial Planeta, 2010), 254–62.

pánico soñar ya estaban encontrando un espacio excepcional dónde mirarse entre sí. Si el proyecto de Flores consistía en llevar la nueva sociabilidad gentrificada de las colonias circundantes a la Glorieta, todo parece indicar que la idea de que la Zona Rosa cosmopolita y burguesa de las décadas de 1960 y 1970 inundara esa plaza ya había perdido la batalla –al menos según Blanco– frente la miseria de la ciudad.

A pesar de los tempranos señalamientos sobre la funcionalidad de la Glorieta, no hubo planes de renovación sino hasta la década de 1990. Una revisión hemerográfica sobre este periodo arroja numerosas referencias a la Glorieta como un “nido” de “niños drogadictos”, de comerciantes ambulantes y, sobre todo, como un espacio “inseguro”.<sup>35</sup> Sucio, oscuro y peligroso es la trilogía de apreciaciones frecuentemente encontrada tanto en notas periodísticas como en los comentarios de vecinos o visitantes de la zona. La primera intervención para corregir algunos de estos problemas data de 1994.<sup>36</sup> Esta intervención vino acompañada de otras obras que se hicieron en las calles de la Zona Rosa, impulsadas por la Asociación de Comerciantes de la Zona Rosa (ACOZORO), una organización de empresarios fundada en 1968. La obra fue mínima en términos físicos, pero simbólicamente importante: se enrejaron diferentes espacios del perímetro externo de la Glorieta, bajo los puentes que elevan las vías vehiculares de Insurgentes y Chapultepec. En estos espacios solían habitar algunos indigentes, que eran vinculados a la idea de lo sucio, lo oscuro y lo peligroso de la Glorieta. La ACOZORO buscaba que la puerta de entrada a la Zona Rosa no tuviera lo que ellos consideraban una mala imagen. Esta primera intervención consistió, entonces, en una ocupación destinada a que los espacios muertos fueran efectivamente eso: sitios inaccesibles donde no pudiera ocurrir vida social alguna. Esas rejas se mantuvieron hasta la más reciente remodelación de la plaza en 2017. Aun así, la Glorieta nunca dejó de ser espacio de habitabilidad no permanente para decenas de indigentes.

Ahora bien, los cuerpos abyectos de la Glorieta de Insurgentes no eran sólo los de los indigentes. En proyectos posteriores, el objetivo de uno de los arquitectos a cargo de diseñar una remodelación de la plaza fue el de ocupar el espacio para desplazar cierta sociabilidad LGBT+. Revisando documentos de la ACOZORO se encuentra que en 2002 encargaron un plan al arquitecto Manuel Villazón para

35. Lanzagorta, “Crear un sí-lugar”, 137.

36. Ernesto Núñez, “Rehabilitan Glorieta del Metro Insurgentes”, *Reforma* (ciudad de México), 29 de octubre de 1994.

revitalizar la Zona Rosa, incluida la Glorieta. Después de concertar una entrevista con Villazón, me indicó que la intención de su proyecto era “tener la Glorieta ocupada, no como está ahora. Si usted va en la mañana, encontrará ahí las jeringas tiradas, salen las muchachas teiboleras que andan por ahí, en fin, es deprimente”.<sup>37</sup> Le pregunté si, entonces, el fin era desplazar lo que ahí ocurre, a lo que me respondió:

No puedes quitar a los comerciantes ambulantes, sino hay que reubicarlos. Ni a las tribus urbanas: los tienes que rezonificar a ellos, a los darkos, a los gays y a todo ese tipo de gente. O sea, porque hay gays y gays, están los de la Condesa; y los de la Zona Rosa son otro tipo de gays. No los puedes eliminar, ya salieron del clóset y no los vas a volver a meter. Nomás ubicarlos en lugares donde esté todo más presentable, más decente, que no estén en la calle con la droga.<sup>38</sup>

El discurso de Villazón, aunque atropellado, denota que en su lectura hay una sociabilidad gay que ocurre en espacios –en sus palabras– “decentes” y otra que no. Esta última debe ser intervenida, o bien, reubicada. Sofía Crespo Reyes y Pamela Fuentes analizan en este número especial de *Mexican Studies/Estudios Mexicanos* cómo los cuerpos de las prostitutas debían ser removidos del espacio para ser regenerados o recluidos; de manera parecida, los planes de la Glorieta parecen exigirle a sus ocupantes un desplazamiento o adaptación a una forma aceptable de aparición pública.

Para mantener “ocupado” el espacio, en los términos de Villazón, su propuesta incluía la construcción de un edificio ligero, sin cimientos, en plena Glorieta. Su idea, impulsada por la ACOZORO, era renombrar la plaza como “Glorieta de la Federación” y que el edificio sirviera como una suerte de centro de exposiciones y convenciones para la promoción turística de los estados del país.<sup>39</sup> El objetivo de la ACOZORO era recuperar el imaginario de la Zona Rosa como espacio turístico nacional e internacional. En todo caso, decía Villazón, esta ocupación aumentaría la plusvalía de la plaza y, por lo tanto, las sociabilidades LGBT+, juvenil y de comerciantes ambulantes de la Glorieta tendrían que desplazarse a otros espacios. Como el de Flores, el proyecto de Villazón buscaba llevar la sociabilidad de las colonias vecinas a un espacio que, según ellos, no funciona. Sin embargo, mientras que Flores trataba de conectarlo

37. Manuel Villazón (ACOZORO), entrevista por el autor, ciudad de México, 6 de octubre de 2011.

38. Lanzagorta, “Crear un sí-lugar”, 139.

39. Lanzagorta, 138.

físicamente a través de su artefacto urbano, Villazón apostaba por la destrucción parcial de la plaza, que se tomaría para levantar una edificación.

La conquista de la Glorieta no ha finalizado, aunque se encuentra en una fase avanzada. En 2012 el titular de la Secretaría de Desarrollo Urbano y Vivienda del gobierno de la Ciudad de México, Felipe Leal, comenzó un plan de remodelación de la Glorieta que pretendía convertirla en un nodo publicitario: “La idea es tener un punto de concentración como pasa en muchas ciudades del mundo, lo que pasa en Times Square, en Nueva York, lo que pasa en Shibuya en Tokio, lo que pasa en Picadilly Circus en Londres”.<sup>40</sup> Para ello, se colocaron dentro de la plaza dos pantallas gigantes de forma cilíndrica, visibles desde el tráfico vehicular y también desde la plaza. La remodelación incluyó un cambio del adoquín y la eliminación de unas planchas de concreto que eran utilizadas como asiento o como plataformas para las acrobacias de los *skaters*. Se prohibió el uso de la patineta dentro de la plaza y los comerciantes ambulantes fueron expulsados, no sin antes establecer un acuerdo para permitirles celebrar una feria comercial decembrina año con año. La conquista había comenzado, pero buena parte de la sociabilidad de los abyectos – algunos miembros de comunidades LGBT+, indigentes y algunas identidades juveniles– permaneció ahí.

En 2015, se presentó un proyecto que movilizó a buena parte de la ciudad de México. Se trataba del llamado Corredor Cultural Chapultepec, que proponía la creación de un largo centro comercial de tres plantas elevado sobre la Avenida Chapultepec, sin modificar el tráfico vial de esta avenida. En el diseño, el centro comercial corría por varias manzanas de Chapultepec hasta llegar a la Glorieta de Insurgentes, de donde se desprendía una gran rampa de acceso. En las discusiones sobre este proyecto –que terminaron en una consulta pública en la que la mayoría de los electores votaron en contra, por lo que finalmente fue descartado– la intervención a la Glorieta nunca fue el foco de la discusión, como sí lo fue la privatización y reducción del espacio público. Sin embargo, el Corredor Cultural Chapultepec es una muestra del interés empresarial y gubernamental que existe por transformar la sociabilidad de la zona. La Glorieta está en el corazón de este proceso de gentrificación.

Finalmente, la más reciente intervención a la plaza llevada a cabo enteramente por el gobierno de la Ciudad de México data de 2017.

40. Ruth Barrios Fuentes, “Planea el GDF convertir la Glorieta de Insurgentes en un Times Square, con alta concentración de publicidad”, *La Crónica* (ciudad de México), 12 de marzo de 2012.

Ese año, el concreto se cambió por uno más oscuro que hace que la luminosidad de la plaza durante el día sea menos severa, se colocaron dos fuentes de agua a nivel de piso donde, quienes quieran, pueden jugar con los chorros. Además, se instalaron unos parasoles que anteriormente no existían y se agregaron bancas debajo de ellos, se eliminaron las rejas que se habían colocado en 1994 y, en cambio, se ampliaron los pasillos, túneles y espacios de los bajo puentes de las vías elevadas. Sin ocupar propiamente el espacio con mobiliario, el gobierno se concentró en aminorar los elementos que podían alimentar la trilogía de suciedad, oscuridad e inseguridad. La decisión del gobierno tal vez sea de las más conciliadoras: frente a las presiones de los empresarios y otros agentes gentrificadores, lo que entregó fue una mejor plaza que favorece el aspecto de la zona y alimenta las condiciones de habitabilidad. Esto último, por supuesto, también redundaba en beneficio de quienes ocupan la plaza. No hay un desplazamiento activo de quienes están ahí, salvo que esta última intervención podría contribuir a que, finalmente, la Glorieta sea conquistada. No obstante, mis primeras aproximaciones a la plaza recién remodelada indican que persiste buena parte de la “sociabilidad abyecta”. ¿Se habrá logrado un nuevo esquema de convivencia?

### **Conclusiones: la vista de lo abyecto**

Los espacios que los urbanistas suelen llamar residuales pueden ser el punto donde lo abyecto encuentra habitabilidad. El indigente, como prototipo de lo indeseable, lo sucio, lo deshumanizado, vaga por la ciudad buscando espacios invisibles como bajo puentes, edificios abandonados o terrenos baldíos que, a su vez, estén cerca de centros de actividad, donde pueda capturar residuos y caridades que le permitan sobrevivir. La Glorieta, sometida a una gran indigestión de sentidos de lugar y construida bajo los preceptos de una escuela arquitectónica que favorece la “muerte” del espacio público, se convirtió en un sitio limítrofe idóneo.<sup>41</sup> Ante la indefinición del orden de las relaciones sociales que debían desarrollarse ahí, brotó un espacio para la imaginación, y las sociabilidades que no encontraban lugar en lo público se ubicaron ahí. Sin embargo, no por esto la Glorieta es un espacio residual.

Aislada mediante túneles y pasillos, pero a la vez preparada para recibir a decenas de miles de transeúntes cada día, la Glorieta creó márgenes en el propio centro. Curiosamente, el margen también se

41. Holston, “Modernist City”, 248

presenta a través de la gigantesca plancha al aire libre de una plaza poco acogedora. Esto dio paso a que lo abyecto floreciera no sólo en lo oculto sino también a la vista de todos los que salen de la estación de metro y abandonan la plaza para ir a sus puestos de trabajo, hoteles, restaurantes o escuelas. Así, la Glorieta aparece en la ciudad como un espacio donde es factible un contacto más fluido entre lo deseable y lo indeseable, lo que puede aparecer en la calle y lo que no.

Si bien esta dinámica de convivencia en la Glorieta –junto con la Zona Rosa– ha sido problemática, al menos se las ha tolerado durante décadas. Sin embargo, en los últimos veinte años comenzó una lucha por conquistar ese espacio. Esta lucha se libra mediante técnicas de intervención sobre el espacio. En todos los casos, el único objetivo ha sido transformar el orden de la sociabilidad de la plaza. Como he mencionado, los propios discursos del urbanismo hablan de la plaza como un espacio que no funciona, es decir, un conjunto de condiciones materiales que propician un ambiente descrito como sucio, oscuro e inseguro. Parecería, pues, la definición misma de lo abyecto. La luz, la limpieza y la seguridad marcarían entonces el orden de las sociabilidades deseadas.

Esta conquista de la Glorieta ocurre en un marco de gentrificación entendida en su sentido más amplio. Esto quiere decir que las clases medias y altas densifican entornos urbanos completos y buscan que el espacio compartido se adecue a un orden hegemónico de lo público donde lo abyecto no tiene cabida. Así, la indigencia en cuanto apoteosis de lo abyecto es inmediatamente señalada y expulsada. Sin embargo, como demostré en este texto, ésa no es la única sociabilidad que está en la mira de la gentrificación. Ahí están también las glorieteras: esas personas que realizan un performance LGBT+ que, en palabras de uno de los planificadores de la Glorieta, “no son como los de la colonia Condesa”.<sup>42</sup>

La Zona Rosa es hoy un espacio de concentración de bares y otros espacios y dinámicas LGBT+. Pocas de ellas son problematizadas. Al contrario, las recientes administraciones de la Ciudad de México se jactan de ser gobiernos *gay friendly*, por lo que la protección de esta sociabilidad en la Zona Rosa les resulta crucial. Sin embargo, en esta acepción de lo *gay friendly* las glorieteras no tienen cabida. Es decir, no todas las formas de ser gay son bienvenidas para aparecer en público, no todas pertenecen al clima de revalorización comercial de la zona. A pesar de la versatilidad que puedan alcanzar algunas de las glorieteras para jugar y adoptar diferentes roles y elementos

42. Villazón, entrevista.

que les permitan tener visibilidad dentro de los marcos de lo aceptable, de lo normalizado, su forma de aparecer en la plaza no es deseable, o al menos no en el entorno de estas colonias. El proceso de la Glorieta de Insurgentes nos muestra cómo, desde los dispositivos urbanísticos de la producción del lugar, la dinámica de las identidades no heterosexuales en la ciudad de México negocia sus parámetros de lo abyecto y de lo tolerable, de lo que puede aparecer a la vista de todos y lo que debe permanecer oculto.